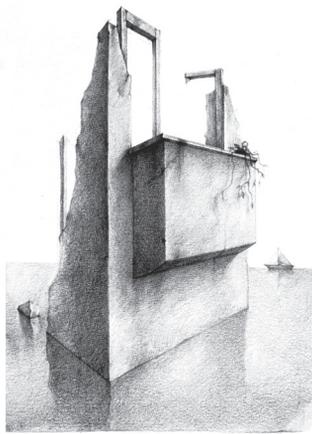


Blanca Wiethüchter

# Ítaca



loqueleq



## Prólogo

Si nuestra existencia está marcada por la espera de algo significativo y transformador —parafraseando la propuesta filosófica de Heidegger—, ya sea un objetivo, una realización o una comprensión más profunda del sentido del ser, ¿cuál es la trascendencia de la espera de Penélope en el mundo creativo de la autora?

Esta composición literaria ha sido creada a través del don artístico de una poeta que ha decidido asumir el papel de *mediadora* entre los versos y la esencia de Penélope. Semejando el meticuloso trabajo de un actor, Blanca Wiethüchter se adentra en el desafío de interpretar y transmitir *la voz de los pensamientos* de Penélope mediante el ritual de su poesía en un acto de conexión profunda con las emociones, a las orillas del mar de Ítaca.

Es entonces que se revela el profundo amor de una reina que carga en un cuerpo «marchito» la ansiedad por dar cumplimiento a la orden celestial: el elegido de su reino aún ausente, es gobernado por la espera cíclica y lunar.

El intuitivo acto de canalización perfila a Penélope como el arquetipo de la espera incesante: la Reina que aguarda la llegada de su Rey durante la *Noche Cósmica*.

*Pero, ¿retornaría? ¿Habría Ulises traicionado a las tierras que vieron nacer a su heredero?* El temor por aquel desahucio expone a una mujer *desterrada* de su propio reino, condicionada a no fallar por ningún motivo a su pudor, comprometida con su estado de unicidad y aguardando lo *inaguardable*, debe persistir una lucha constante por hallar pequeños instantes de placer que resistan el peso del presente. Con tal de mantenerse fiel a sí misma, fiel a Ulises y a su reino, la espera forja un vínculo de la reina de Ítaca con el tiempo, afectando su relación consigo misma desde su sentido primordial.

Una imagen de aquella labor es el mar, dueño de los viajes del deseo, es cómplice de su intimidad, lavando con la sal de sus aguas la soledad de su cuerpo y aliviando las aflicciones de un alma abundante y próspera, alejando al dolor del pasar de los años.

“—tu belleza Penélope está en todos tus sentidos”.

La experiencia de Wiethüchter en el personaje es como si se tratara de una visita atemporal al espíritu de una reina en desvelo. La autora se despide de ella preguntándose si lo que había soñado fue verdadero; si todas las emociones sentidas fueron parte de un viaje escrito en el *Libro del Alma Mundi*.

Esta obra poética, publicada en el ocaso del siglo XX, trasciende el pensamiento crítico de su época, pues al día de hoy, el paradigma de la mujer contemporánea se proyecta en Penélope consciente de su abandono pero que no se abandona. Aguarda sin desfallecer el renacimiento de un reino: el retorno de su Luz.

«Ítaca» de Blanca Wiethüchter simboliza el sueño de la espera por un ideal en el que se presenta la posibilidad de concebir el amor como una fuerza que trasciende el tiempo con la misma intensidad que la necesidad humana por unirse a su estado más elevado mediante el retorno del alma solar al cuerpo, un evento fundamental en la cosmogonía universal.

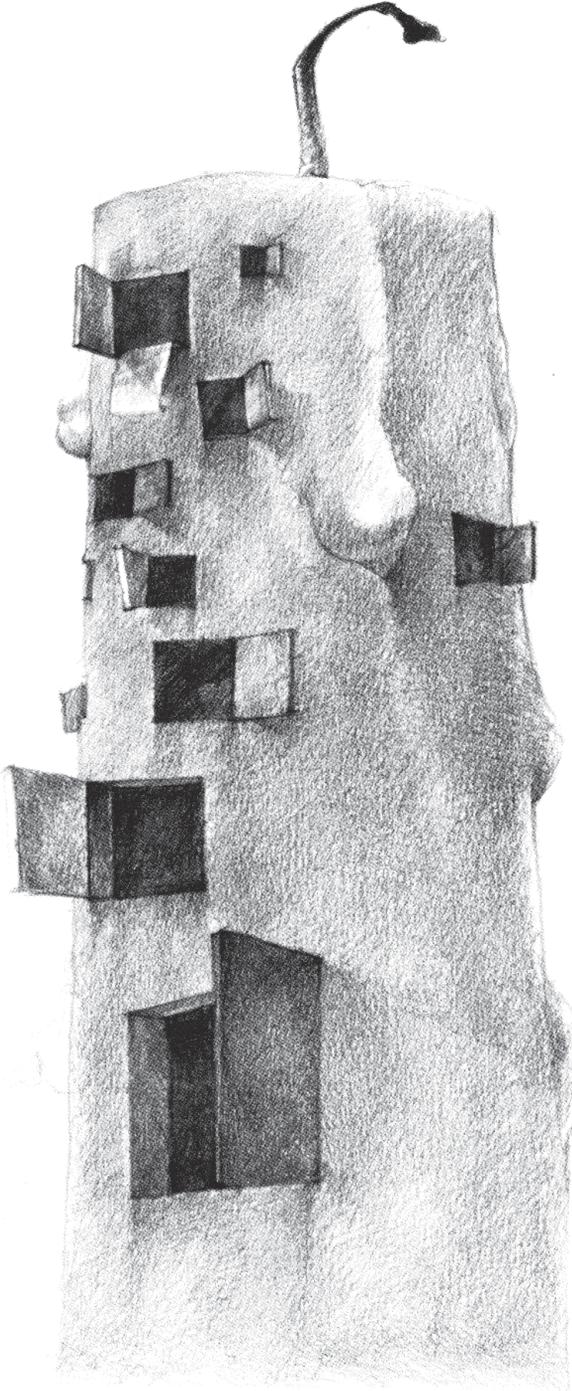
A través de las percepciones de la autora, somos testigos de cómo este amor rodea a Penélope en cada aspecto de su existencia: en la suave caricia de la seda, en la meticulosidad del tejido, en la frescura de los alimentos y en las aromáticas inmersiones de sus baños. Blanca lo sintió presente en el abrazo del mar e incluso en la presencia de los insoportables pretendientes.

Dicho lo anterior, con el propósito de sumergir por completo al lector en su próxima travesía poética, cabe destacar que esta poesía cautiva los sentidos, atrayéndolos hacia un realismo tangible pero romántico en esencia, manifestando el poder de lo efímero. Con un manejo exquisito del lenguaje y la construcción de imágenes evocadoras, el instante se convierte en una eternidad soñada, contemplada en el tiempo, hasta que finalmente se encuentra con la llegada de un nuevo amanecer.

Valentina Villalpando Wiethüchter  
*Cochabamba, julio de 2023*

*A Liz Monasterios*





PRIMER DÍA



Hoy, Penélope me estoy en tu nombre.

Anoche, más anhelante que dichosa, soñé con Ulises  
regresando a la isla.

Y, tú lo sabes,  
no hay sueño que no tenga destinos y deseos desatados.

Muy temprano por la mañana subí a la torre más alta  
para convocar a todos limpiar la patria de Ulises  
de toda huella de melancolía.

Yo misma dejé colgados mis hábitos en la percha del ensueño.  
Entonando una antigua canción, sin tardanza  
me puse a trabajar,  
pues, no lo dudes, yo no rehúyo las labores que demanda  
una casa íntima y perfumada.

Empecé, naturalmente, por el dormitorio,  
busqué en el armario  
—en el que guardo reliquias amorosas  
cartas, joyas y otras cosas—  
edredones de finísima pluma y sábanas blancas de la  
antigua Holanda.

Tendí el lecho sin una arruga  
como recuerdo que a él le complacía.

Para dejar perfumadas almohadas y encajes  
me valí de maderas de Oriente y flores de lavanda fresca.

En cada velador, una vela de cera de abeja  
que da flama dulce y penumbra recogida.  
Un vaso de vino para colmar la sed que desata el aire marino  
y un ánfora de tierra para que florezca erguido el árbol del  
regreso.

No mandé a preparar —cómo pensé en un principio—  
un cordero a la menta con sésamo y cebolla dulce  
pues para la noche resulta, en verdad, excesivo

¡Y a nuestra edad!

Algo más volátil, ligero y alado  
como, codornices, pichones o perdices  
o, de una vez —pensé—, para una cena  
bien valía la pena ofrecer tres aves en lugar de una.

Ya casi era la hora del cielo purpúreo  
cuando pude, finalmente, cumplirme en la promesa  
de un aromático baño relajante.  
Fue una inmersión tan deliciosa —imagínate la escena—  
Yo, tan nerviosa, tensa y ansiosa  
—a esa altura de la tarde—  
sumergida en espuma de algas  
envuelta en olores más penetrantes que el de las flores.

Al secarme, di con mi cuerpo en el espejo.  
No es que sea precisamente recelosa  
Pero ¿podrá ese cuerpo? —tal era la pregunta—  
¿podrá ese cuerpo que interroga desde el espejo  
nutrir la flama

enardecer las mañanas  
con fulgores más intensos que el ardor de las llamas?

No es que quiera decir la respuesta mía.  
Y no es cierto tampoco  
que nunca me miro el reflejo.  
Pero el tiempo —tú sabes—, Telémaco es joven  
y las estrías del vientre nunca idas  
(podría hablarse de mariposas)  
y los senos que fueron fruta encendida  
(tal vez sólo desfallecientes amapolas)  
ahora amenazan con una caída definitiva.

Y ni qué decir de los cabellos y el cuello  
y los labios encogidos y...  
¡Oh cuerpo mío!  
Cierro los ojos y ciega me digo  
—tu belleza Penélope está en todos tus sentidos.  
Y súbitamente, —te lo aseguro— al son del consuelo mío  
me sentí patria de Ulises de nuevo.

Así dejo que mis ojos cerrados  
recojan las visiones que entraña el deseo.

La elección del vestido fue larga y minuciosa.  
Debía pensarse en colores, en sugerencias y antojos.  
Decidí entonces, por un rojo sedoso ceñido al cuerpo  
escote no atrevido pero generoso.  
Piedras brillantes en el cuello  
una diadema de platino sobre el pelo  
y esencia, mucha esencia de jacintos...

Eso es todo, sin olvidar las sandalias de los hilos de seda.

Prohibido el ingreso de cualquier pretendiente  
—pues Ulises podría creerme desmemoriada—,  
me senté a vigilar desde el balcón, inclinada,  
el barco, el barco sobre una sombría ensenada.